Flash

MARIAN KEYES

Un momento de gracia

MARIAN KEYES

Un momento de gracia

Traducción de
Matuca Fernández de Villavicencio

RHM Flash es un sello digital de textos breves de los mejores autores clásicos y contemporáneos

Un momento de Gracia

Lunes

Yo soy un ángel. Eso, eso, ríete cuanto te apetezca, pero es cierto. Un ángel. Un ángel como es debido, con su afiliación celestial, alas, aureola y todo lo demás.

Y estoy en Los Ángeles en una misión. Una misión de Dios, ya que me lo preguntas.

Suena como una gran cosa pero, para serte franco, el motivo que me ha traído aquí no tiene nada de genial. Algunos ángeles poseen un don natural para este trabajo. Por desgracia, no soy uno de ellos, de modo que me han enviado a la tierra para formarme. El caso es que para poder ayudar a los humanos primero tengo que entenderles. Así pues, mientras esté aquí he de cometer —sin excesivo entusiasmo, por supuesto— los siete pecados capitales. Y tengo siete días para hacerlo.

—Envidia, Pereza, Avaricia —me enumeró Ibrox, mi superior—, Gula, Ira, Envidia… Espera, Envidia ya lo he dicho, ¿verdad? Nunca consigo recordar los siete. Me ocurre lo mismo con los siete enanitos; generalmente llego a cinco y luego me quedo en blanco. Dilos.

—Gruñón, Mudito, Dorm…

—¡No, los siete pecados!

—Lo siento. Bien, Avaricia, Envidia, Pereza, Ira, Gula… —Lo miré impotente.

—Soberbia —prosiguió él—. Y el séptimo ya lo recorda-

rás.

Así que me marché y aquí estoy, en Silverlake, Los Ángeles, delante del apartamento que va a constituir mi hogar durante una semana. Por lo visto me ha recomendado un amigo de un amigo de un amigo y tendré dos compañeros de piso: Nick, un actor que siempre interpreta a psicópatas, y Tandy, una actriz que recibe numerosas ofertas para hacer papeles de putilla.

Toqué el timbre. No acudió nadie. Llamé de nuevo y oí un grito ahogado. Luego un hombre abrió la puerta.

—¿Qué?

Tenía un aspecto horrible: pelo salvaje, mirada salvaje, olor espantoso. Parece que este Nick es un actor que sigue el método Stanislavski.

—Soy Gracia, y tú debes de ser Nick.

—¡Y tú debes de estar chiflada! —gruñó el tipo—. Nick vive en la puerta de al lado.

—Ah… vaya… lo siento.

¿Entiendes ahora cuando digo que hago fatal mi trabajo? ¿Te imaginas que fuera el arcángel Gabriel? Probablemente llamaría a la casa equivocada y le diría a la mujer equivocada que es la madre de Dios. Nunca conseguiré grandes cosas si sigo así.

Avancé una puerta y me abrió una mujer que supuse que era Tandy. Me miró de arriba abajo y, cuando comprobó que ella estaba más delgada, se relajó visiblemente y sonrió.

—Pasa.

Era muy, muy bonita, pero podía entender por qué siempre le ofrecían papeles de prostituta. Tenía los labios tan inflados que parecía que le iban a reventar y estaba flaca co-

mo un fideo, salvo por un par de tetas enormes que, sin duda, pertenecían a otro cuerpo.

—Nick, ven a saludar a nuestra nueva compañera de piso —gritó.

Llegó Nick. Le eché una ojeada y recordé el séptimo pecado. ¡Lujuria!

—Hola —dijo distraídamente.

¡Holaaaaa!

Moreno, desgarbado, de constitución ágil y mirada distante del tipo «no vive en esta dirección». Me pregunté, por curiosidad, si yo era su tipo. Me parezco un poco a esos ángeles de la pintura renacentista, pero sin la aureola, las alas y la desnudez. No hay por qué asustar a la gente, me digo siempre. Pero tengo todo lo demás: pelo rubio y rizado, rostro redondo de mejillas sonrosadas y un cuerpo algo más entrado en carnes de lo que gusta en Los Ángeles.

Inopinadamente, de la habitación de Nick salió una chica. Estaba llorando.

—Nick —imploró, tratando de agarrarse a él. Era de ojos negros, pelo sedoso y cuerpo menudo. De repente, deseé fervientemente ser ella.

—Cuídate, nena. —Nick la condujo firmemente hasta la puerta—. Ya te echo de menos.

—Pero… —insistió la muchacha. Nick la besó dulcemente en la frente al tiempo que conseguía depositarla en el rellano.

Por la forma en que Tandy me miró, con los ojos en blanco, deduje que la escena se repetía a menudo.

Nick cerró la puerta, esperó, se puso rígido al oír una explosión de aullidos y llantos y se relajó al ver que nada ocu-

rría. La muchacha se había ido para lamerse sus heridas en otra parte.

—¿Por qué siempre hago daño a la gente que quiero? —preguntó a nadie en particular antes de marcharse distraídamente de la sala.

De repente me alegré de no ser esa chica exquisita.

—Granola —dijo Tandy—, ven a conocer a Gracia.

Entonces reparé en un pequeño terrier blanco que estaba sentado en una cesta con actitud expectante. Me estaba mirando como hipnotizado. ¡Ja! Podrás hacer creer a la gente que eres humana, pero los animales funcionan a otro nivel. Granola sabía que había algo muy raro en mí.

—¿Qué ocurre, cachorrito? —preguntó Tandy sonriendo —. Bueno —dijo, encogiéndose de hombros—, sé un maleducado si quieres. ¿Te apetecería salir esta noche y atiborrarte de martinis y tarta de queso con fresas, Gracia?

—¡Me encantaría!

Se había apoderado de mí ese sentimiento de soledad, de añoranza del hogar. Atiborrarme de martinis y tarta de queso con fresas era justamente lo que necesitaba.

Más tarde, cuando nos disponíamos a salir, le conté a Tandy que me había equivocado de apartamento.

—¿Qué? ¿Llamaste a la puerta del loco Karl? —Estaba horrorizada—. Es un alcohólico y está como una cabra. Siempre le está aullando a la luna, como un lobo. Aunque últimamente está muy tranquilo —añadió cuando pasábamos por delante de su puerta. Sonaba casi decepcionada.

Subimos al coche y partimos entre palmeras que se dibujaban contra el horizonte. El sol estaba bajando y el cielo

era una paleta de colores. El azul claro daba paso a un azul oscuro y luminoso donde las primeras estrellas empezaban a brillar como diamantes.

Fuimos a un bar de Sunset. Era un lugar moderno, vibrante, lleno de gente guapa. Si no hubiera estado con Tandy, jamás habría entrado, me habría intimidado.

Nada más sentarnos, un tipo atractivo que se había fijado en Tandy nos envió una botella de champaña.

—Devuélvasela —dijo Tandy al camarero. Luego me miró —. No quiero nada con él, de modo que no sería justo.

—Ah, vale.

Frente a martinis de diferentes sabores, conocí la historia de Tandy. Provenía de una familia rica e intelectual de la costa Este. Su hermana mayor tenía un doctorado en algo que impresionaba mucho, se las arreglaba para llevar una casa y era muy buena al tenis. Su hermana menor había ganado sus primeros cuatro millones creando una página web que vendía unos bolsos preciosos y era tan buena montando a caballo que, de haber querido, podría haber formado parte del equipo olímpico. La familia al completo estaba espantada con la decisión de Tandy de convertirse en actriz y más espantada aún de que estuviera haciendo trabajos temporales mientras esperaba su gran oportunidad.

—Es duro pertenecer a una familia donde todos son perfectos menos uno —suspiró.

¡Dímelo a mí!

—¿Y qué me cuentas de ti? —preguntó Tandy—. ¿También eres actriz?

Me habían dado una identidad completa, un poco como hace el Programa de Protección de Testigos. Al parecer, soy actriz; pero, dado que mis dimensiones son algo generosas,

mi currículum solo muestra personajes secundarios: la mejor amiga gordita, la jovial compañera de trabajo gordita, la extraña compañera de piso gordita. «Gordita» es el denominador común.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Tandy.

Me quedé muda. ¿Qué edad tenía? En tiempo real, varios cientos de milenios, pero para Los Ángeles… ¿Qué me habían dicho?

—No importa —susurró Tandy—. A mí me pasa lo mismo. Mi currículum dice veintidós, pero tengo unos cuantos más.

—Los llevas muy bien.

—Bueno, veintisiete —reconoció con un suspiro.

—Y yo veintinueve. —Acababa de recordarlo.

—Como yo.

Nos miramos con simpatía y decidimos pedir otra ronda de martinis. Lo estaba pasando muy bien, pero no debía olvidar que estaba allí para trabajar.

Tuve mi primera oportunidad cuando fuimos al servicio para retocarnos el maquillaje.

Tandy me tendió un frasquito.

—¿Quieres un poco de Envidia?

¡Envidia! Uno de mis siete pecados capitales.

—¿Me estás diciendo… que en este frasco… hay Envidia?

Tandy giró la etiqueta y la examinó burlonamente.

—Eso dice.

No daba crédito a mi suerte. Solo llevaba aquí unas horas y ya estaba haciendo progresos. Me habían dicho que iba a experimentar los pecados de las formas más inesperadas. Ahora entendía a qué se referían.

Tandy me roció de Envidia y la miré radiante a través de la fragante neblina. Primer pecado conseguido. Me faltan seis.

MARTES

Dormir es una experiencia maravillosa. En el lugar de donde vengo no se duerme. Pero ahora soy humana, de modo que dormiré, comeré, trabajaré y, entretanto, cometeré los siete pecados capitales. Después volveré a casa siendo un ángel más sabio y nadie volverá a decir de mí que tengo «pocas luces».

Ya llevaba ventaja en el marcador. Menos de veinticuatro horas en la tierra y ya me habían rociado de Envidia. ¿Sería posible ir al centro comercial del barrio y comprar la Soberbia, la Gula, la Ira, la Pereza y… y… el resto (enseguida me acordaré), experimentarlos en media hora y pasar lo que quedaba de la semana bronceándome? Por desgracia, tras indagar discretamente, descubrí que ninguno de los demás pecados capitales se hallaba disponible en perfume.

Desperté con un sol radiante y muerta de hambre. Nick estaba en la cocina, encorvado sobre un cuenco de Cheerios.

—¿Has dormido bien? —murmuró sombríamente. Nick era dado a murmurar las cosas sombríamente. No parecía comunicarse de otro modo.

—¡Y tanto! Fue genial, vi un montón de películas en mi cabeza.

Me miró como si me faltara un tornillo.

—Sueños —farfulló.

—Ah… sí, eso. —¡Porras!

Por suerte, el teléfono sonó y Nick, tras lanzarme otra mirada de extrañeza, se abalanzó sobre el auricular. Escuché un tartamudeo agudo, como el ruido que hace una cinta de casete rota. Una mujer. Parecía disgustada.

—Por supuesto, nena —susurró Nick—. Lo sé, nena, y lo siento. No pretendía hacerte daño, nena. Cuídate, nena. Adiós.

Colgó con violencia, suspiró con tanta fuerza que casi derribó las sillas y adquirió de nuevo ese aire taciturno.

El sonido de una llave arañando la puerta anunció la llegada de Tandy, que regresaba de pasear a su perro. Granola entró corriendo en la sala, frenó en seco al verme y retrocedió un par de pasos. El precioso rostro de Tandy estaba rojo de furia.

—¿Por qué voy al parque canino? ¿POR QUÉ?

—Para que tu perrito pueda jugar con otros perritos —dijo Nick con la cabeza entre las manos, mirando su cuenco.

—¡Para conocer hombres! —Tandy dirigió su furia hacia mí—. Pero, en lugar de eso, solo consigo que se me acerquen mujeres. ¿Cuántos años tiene Granola? ¿Cuánto hace que lo tengo? ¡Es ridículo!

—Tranquilízate —dijo Nick— y come algo. Ay, no, olvidé que tú no comes, ¿verdad?

—Y dime, Gracia —continuó Tandy, haciendo caso omiso de él—, ¿qué piensas hacer hoy?

En realidad, ese día tenía planeado cometer el pecado de la Pereza. En cuanto descubriera qué era. Pero debía interpretar mi papel de aspirante a actriz de Smallsville que busca su oportunidad en Hollywood.

—He quedado con una agente. Tengo posibilidades de que me acepte.

Como Nick y Tandy eran actores, mi comentario provocó una avalancha de preguntas. ¿Quién era? ¿A quién representaba?

En medio del interrogatorio volvió a sonar el teléfono. Otra mujer para Nick.

—Te comprendo, nena —murmuró—, pero nunca dije que quería una relación.

—¿Por qué siempre hago daño a la gente que quiero? —preguntó Tandy, imitando a la perfección la entonación de Nick.

Nick la fulminó con la mirada. Tandy hizo otro tanto.

Fui a prepararme para mi cita. Me habían enviado a la tierra con un montón de ropa bonita, todo lo que una chica podía necesitar.

—Ostras, me encanta tu bolso —exclamó Tandy. Entonces noté que se ponía tensa—. Pero… ¿no es de la nueva colección? ¡Pensaba que no se podía comprar hasta dentro de seis meses!

¡Claro! Tandy estaba al corriente de estas cosas. Su hermana triunfadora —bueno, una de sus hermanas triunfadoras— vendía bolsos. Mascullé algo de que tenía un contacto en la plantilla de diseño que me había conseguido una muestra. Caray, a veces pueden ser tremendamente ineficaces Ahí Arriba. Y luego tienen el valor de quejarse de mí…

Cuando me iba, me detuve titubeante y dije:

—Quizá os parezca una pregunta un poco rara, pero ¿alguno de vosotros sabe qué es la Pereza?

—Tienes razón —respondió Tandy—, es una pregunta un poco rara.

—Es un animal —dijo Nick—. Estoy casi seguro.

Yo no lo tenía tan claro. ¿Cómo iba a «cometer» un animal?

En honor a la verdad, debo decir que mis superiores se habían esmerado a la hora de equiparme para la vida en Los Ángeles. Tenía un coche alquilado y —para más inri— la capacidad de conducirlo, un currículum falso y una lustrosa colección de fotos de veinte por treinta.

Conduje bajo un cielo azul por carreteras flanqueadas de palmeras, en dirección a Beverly Hills, dejando atrás moteles, dentistas, casas de adobe de imitación, salones de manicura, tiendas de armas, tiendas de animales, salones de bronceado, más dentistas… y preguntándome sobre la personalidad que me habían dado. A grandes rasgos, no era excesivamente neurótica, no sentía el impulso de automutilarme, parecía una persona puntual y no fumaba. Un poco sosa, la verdad.

La agente, Robyn Dude, poseía una energía inagotable. Hablaba muy deprisa, por una comisura de los labios. Era la clase de mujer que estaría magnífica tirando de la anilla de una granada con los dientes.

—Sí, creo que podría conseguirte algunos papeles —dijo —, pero debo serte franca. Tu rostro, con ese aire querúbico, es ideal, pero si no bajas a cuarenta kilos, mojada, te pasarás la vida haciendo papeles secundarios.

—La amiga gordita, la compañera de piso gordita —dije, casi enfurruñada.

—¡Exacto!

Sentí un extraño resentimiento. Es cierto que este no era mi cuerpo, que solo lo había recibido prestado durante una semana, pero ¿no podían haberme dado algo un poco más adecuado para una actriz?

Al parecer, no había nada más que decir. Antes de irme, me vino algo a la cabeza.

—¿Conoce el significado de la palabra Pereza?

Robyn se puso roja como un tomate y tuve la sensación de que la cara le iba a estallar. Abrió la boca y gritó:

—¡Tendrás cara! No hay nadie que trabaje tanto como yo. ¡Nadie! Muy bien, intentaré conseguirte papeles de chica delgada, si eso es lo que quieres, pero será mejor que te apuntes a una clase de *spinning* y no pares hasta que hayas bajado tres tallas.

No tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando. Nerviosa, le di las gracias por su tiempo y cerré la puerta tras de mí. En la sala de espera había una joven con cara de empollona. O al menos tenía puestas esas gafas rectangulares de concha que lleva la gente que quiere parecer empollona.

Impulsivamente, le dije:

—Perdona que te moleste, pero ¿sabes qué es la Pereza?

Se apretó contra la pared, como si yo estuviera loca.

—Lo siento —farfullé, dirigiéndome a la salida.

—Es lo mismo que vagancia —dijo al fin.

—¿No es un animal? —pregunté.

—Tú te estás refiriendo al perezoso. El perezoso es un animal muy vago que se cría en Sudamérica.

—Gracias.

De modo que pereza era lo mismo que vagancia. ¡Por

eso Robyn Dude se había ofendido tanto!

Regresé a casa sin un ápice de energía. Esto de ser humano resultaba agotador. Pasé el resto del día tumbada en el sofá, viendo programas de entrevistas y totalmente entregada a la pereza. También me comí un montón de cosas redondas y deliciosas. Pringles, creo que se llamaban.

Miércoles

Al día siguiente, la ciudad de Los Ángeles se comportó de una forma impropia de ella: estaba lloviendo. Mientras veía las gotas deslizarse por la ventana, redacté una carta de reclamación en mi cabeza. «Me prometieron cielos azules y un sol inagotable, bla, bla, bla. Imaginen mi decepción… Exijo que me devuelvan el dinero…»

Tandy y Nick se fueron a trabajar y yo me di una vuelta por el centro comercial, pero en un momento dado tuve que regresar al apartamento atraída por las cositas redondas.

Nick regresó a casa por la tarde e hizo uno de esos paseos taciturnos por la sala que tan bien se le daban. En un momento dado, se detuvo frente a mí.

—¿Te has comido todo el tubo de Pringles? ¡Menuda «gulafra»!

—¿Me has llamado «gulafra»? —pregunté débilmente, incapaz de dar crédito a mi suerte—. ¿Significa eso que he cometido… —estaba tan emocionada que me costaba pronunciar la palabra—… el pecado de la Gula?

—Era una broma. Es agradable ver comer a alguien de vez en cuando por aquí —dijo Nick, mirando deliberadamente la puerta del cuarto de Tandy.